

## LA LEYENDA DEL OSCURO SEDUCTOR

Eran las siete de la mañana y el despertador comenzó a sonar en el cuarto de Marlene.

- Joder, - dijo Marlene. La chica, aún sumergida en el mar de sábanas, movió la mano hacia el dichoso aparatito y, cuando comenzó a palparlo, lo arrojó al suelo.

Creyó que así seguiría durmiendo, pero se equivocaba. Miriam, su madre acudió a despertarla.

- Vamos, Marlene. Levántate - le dijo su madre cuando entró en la habitación.

- Déjame un rato más, porfa.

- Sabes que no. Como no te des prisa vas a perder el autobús.

- Está bien - dijo Marlene levantándose de la cama.

Miriam salió de la habitación de su hija y ésta se dirigió hacia el baño para ducharse.

Cuando terminó, se puso un chándal y bajó a desayunar.

En la cocina estaban sus padres. Miriam estaba haciendo unas tostadas, y Andrés tomaba su café mientras leía el Marca.

- Buenos días, mamá. Buenos días, papa.

- Buenos días, cariño - le respondió su padre.

- ¿Has mirado la hora que es? Al final vas ha quedarte en tierra - le dijo su madre.

- Tranquila, que ya me voy. Me tomo un vaso de zumo y una tostada y marchó. - ¿Ya has preparado la maleta? - Sí, mamá. La chica terminó de desayunar y subió a su habitación a coger la maleta.

Antes de irse, se despidió de sus padres.

- Adiós.

- Adiós, cariño. Que lo pases bien en el campamento - le dijo Miriam. - ¿No quieres que te lleve en coche a la parada de autobús? - le preguntó su padre.

- No, gracias. Está muy cerca y, además, así paso a buscar a Rocío. Dicho esto, salió y se dirigió a casa de su amiga. Cuando Marlene llamó al timbre, Rocío salió a recibirla.

- Hola, Rocío.

- Hola, Marlene. Espera un momento, que subo a por mis cosas y nos vamos.

- Vale.

Rocío subió rápidamente por las escaleras y en seguida bajo con su maleta.

-Ya está - dijo la muchacha.

Luego se dio la vuelta para despedirse de sus padres

-Adiós, mamá. Adiós, papá.

- Adiós Rocío - contestaron los dos al unísono.

- Vamos allá - dijo Marlene.

Las dos amigas se dirigieron a la parada de autobús y, una vez allí, sólo les quedaba esperar a que su transporte llegara. Eran las únicas porque ninguna otra chica se había apuntado al campamento. A ellas les daban igual las otras chicas; se tenían la una a la otra y con eso bastaba.

El autobús no tardó en llegar y las dos subieron a bordo. Dentro había más gente de la que creían que iba a haber. Eran todas chicas, ya que se dirigían a un campamento femenino. Marlene y Rocío se sentaron juntas y empezaron a hablar de sus cosas, pero entonces, la chica del asiento de atrás les dio una palmada en la espalda para llamarlas.

- Hola - dijo la chica - Me llamo Jenny, ¿y vosotras?

- Yo me llamo Marlene y ella Rocío.

- ¿Cuántos años tenéis?

- Las dos tenemos 15, ¿y tú?

- Yo tengo 16. ¿Es la primera vez que venís al campamento?

- Sí - dijo Rocío.

- Pues para mí es el tercer año que vengo. ¿Ya sabéis con quien os vais a poner en la tienda?

- Las dos juntas - respondió Marlene.

- Bueno, eso ya lo suponía, pero digo ¿con quién más?

- ¿Para cuántas personas es una tienda?

- Para tres. Si no os importa, ¿puedo ser yo la tercera persona de vuestra tienda? Es que este año no conozco a nadie y como sois las únicas con las que he hablado por ahora..., bueno, lo que quiero decir es que me habéis caído bien.

- Está bien - dijo Marlene.

- Sí, tu también nos has caído bien - dijo Rocío.

- Pues ya está todo dicho.

Las tres chicas estuvieron hablando el resto del viaje y cuando llegaron ya eran inseparables. Se pusieron en la misma tienda, como habían acordado, y durante el primer día se lo pasaron estupendamente. Luego, llegó la noche y con ella la hora de acostarse, así que Marlene, Rocío y Jenny se metieron en la tienda de campaña. Sacaron los sacos de dormir y se dispusieron a descansar.

- Bueno, ha sido un día bastante divertido - dijo Marlene.

- ¡Y que lo digas! - dijo Rocío.

- ¿Qué os había dicho? Este campamento es la ostia. - dijo Jenny. - Sí. Bueno, ahora a la cama. Tengo un sueño... . - ¿Cómo que a la cama, Marlene? No os voy a dejar acostaros sin haber contado unas cuantas historias de miedo - dijo Jenny, sonriendo.

- Está bien. Siempre me han gustado las historias de miedo.

- Yo me sé una que os va a poner la piel de gallina - dijo Jenny. - Cuéntala, aunque no creo que consigas asustarnos. - Eso ya lo veremos. Además, esto no es una simple leyenda. Esto..., pasó de verdad.

- Sí, claro. Lo que tú digas - dijo Marlene con tono sarcástico. - Es en serio. Veréis, esto pasó hace setenta años en un lugar cerca de este campamento, en el río, para ser más exactos. << Todo comenzó cuando Laura y Juan se conocieron. Eran dos adolescentes de 17 años que vivían en el pueblo que hay al lado del río. Nada más verse, se enamoraron. Ellos eran felices, pero la envidia que sentían las demás muchachas del pueblo hizo que ocurriera la tragedia. Un día, Laura fue al río a lavar ropa, y dos chicas del pueblo la siguieron. Allí, las tres tuvieron una fuerte discusión por Juan. Comenzaron a pelearse y una de las chicas empujó a Laura contra una roca que, al golpear su cabeza, causó la muerte de la joven. Las otras dos muchachas se fueron de allí para no ser culpadas por esa muerte, así parecería un accidente. Juan llegó al río horas más tarde y encontró a su amada muerta. El joven, desesperado, se quitó la vida cortándose las venas con una navaja que llevaba. Su sangre tiñó el río y, desde entonces, la gente del pueblo lo llama "El río Rojo" >>. Jenny las miró a las dos y descubrió en sus rostros una expresión de asombro e interés.

- Aún no he acabado - dijo Jenny - También se dice que, si vas al río por la noche puedes ver el fantasma de Juan. Cuentan que ese fantasma seduce a las muchachas con su extraordinaria belleza, las hace introducirse en el río y, una vez allí... las mata.

- ¿Y tú cómo sabes eso? - preguntó Rocío.

- Es una leyenda de esta tierra. Toda persona que ha estado aquí un tiempo llega a conocerla. A mí me la contó una vieja cuando visitamos el pueblo con el campamento hace dos años.

- Me gustaría comprobar si de verdad existe tal fantasma - dijo Marlene.

- ¿Estás sugiriendo que nos escapemos del campamento y vayamos al río? - preguntó Jenny intrigada.

- ¿Por qué no?

- Si nos pillan nos la cargamos, Marlene - dijo Rocío.

- No nos van a pillar. Todos están dormidos - le respondió ella a su amiga. - Pues venga.

Allá vamos - dijo Jenny y, acto seguido salió de la tienda de campaña.

- ¿Vas a venir Rocío? - le preguntó Marlene.

Ella dudó un momento, pero finalmente accedió. Las tres chicas salieron con sigilo del campamento y se adentraron en el bosque. No tardaron en llegar al río.

- Yo no veo nada - dijo Marlene impaciente.

- No lo vas a ver a la primera, tranquila - le dijo Jenny.

- Creo que sería mejor separarnos - le dijo ella.

- No, Marlene. No es buena...

Demasiado tarde. Marlene se había separado de las dos y había desaparecido. La chica siguió andando sin atender a la llamada de sus amigas. Sentía demasiada curiosidad para que ellas le estropearan esta experiencia. Finalmente, al no encontrar rastro del supuesto fantasma, se sentó en una roca a la orilla del río y fijó su vista en la corriente de agua fresca que pasaba. De repente, sintió una presencia detrás de ella y se giró. No había nada ni nadie. Pero cuando volvió a mirar hacia el río vio allí, en el agua, a un chico. No aparentaba más de 17 años, tenía el pelo un poco largo y negro como el carbón y, además, sus ojos azules brillaban como diamantes en la oscuridad. Marlene se vio hechizada por esos ojos, los veía tan hermosos que no parecían ser de alguien humano, sino, más bien, parecían los ojos de... un dios.

- Ven - le dijo el muchacho con una voz tan dulce que era imposible no hacer caso de ella.

Marlene se adentró en el agua y el joven sonrió satisfecho.

- Ven, date un baño conmigo - le siguió diciendo él - El agua está muy tibia y te encantará.

Ella se dirigió hacia él, hechizada por la melodía tan dulce que era su voz. Cuando lo alcanzó, él le acarició el rostro y la besó. Marlene creía estar soñando; sabía que, con ese beso, había alcanzado totalmente la felicidad y se dejó llevar por esa embriagadora sensación. Pero la felicidad de la chica no duró eternamente. En ese momento, Marlene sintió un fuerte dolor en el labio, un dolor insoportable, y notó en su boca el sabor de la sangre. La chica gritó aterrada al darse cuenta de que ese hermoso joven le había mordido el labio inferior y se lo había arrancado. Además, él ya no era como ella lo había visto antes; ahora él tenía el rostro completamente pálido y consumido, y su piel era tan fría como la misma muerte. Al mirar el agua la vio roja como la sangre. Pero no era agua, era sangre de verdad. También vio las manos del chico, los cortes en sus muñecas, de los que manaba toda aquella sangre. Sin duda, había encontrado al fantasma de Juan, pero pagaría un precio muy alto por ese descubrimiento.

Marlene intentó huir, pero Juan la agarró. Ella sintió como el joven le rompía el brazo y gritó de dolor. Aunque eso no le bastó al fantasma. Acto seguido, hizo que la muchacha le mirara antes de sacarle los ojos. Marlene no paraba de gritar, llevándose una mano a las cuencas donde antes habían estado sus preciosos ojos verdes. Quería morir, para que ese sufrimiento acabara de una vez, pero para el chico todo acababa de empezar.

Después de dejarla ciega, sacó su navaja y le cortó, uno por uno, todos los dedos de las manos. Ella, en su agonía, no podía creer que no hubiera muerto ya, desangrada.

Parecía que nunca se le acababa la sangre y, cada vez el río se volvía más rojo aún.

Tras horas de múltiples torturas, Juan acabó por sacarle, lentamente, los intestinos a la joven. Lo último que Marlene sintió fue un corte limpio en el cuello, un corte que hasta agradeció por haber sido el que le hizo descansar en paz.

Rocío y Jenny, después de buscar a su amiga por todo el bosque, regresaron

al campamento con la esperanza de encontrarla allí. Por el camino siguieron hablando sobre la leyenda.

- Oye, me pregunto una cosa - dijo Rocío.

- ¿El qué?

- ¿Por qué iba a vengarse Juan de las chicas que pasan por el río si no supo quien había matado a Laura?

- No lo sé. Lo que os he relatado es lo que a mí me han contado. - Pero... - No le des más vueltas. Sólo es una antigua leyenda urbana. Esto fue lo último de lo que hablaron antes de llegar al campamento y entrar en su tienda. Allí no estaba Marlene, así que estuvieron preocupadas un buen rato, pero finalmente, el sueño pudo con ellas.

Cuando, a la mañana siguiente despertaron, notaron un gran revuelo en el campamento.

Una de las monitoras, llamada Aila, les llamó para hablar con ellas.

- Chicas, tengo que daros una mala noticia - dijo Aila apesadumbrada.

- ¿Qué ocurre? - preguntó Rocío con cara de preocupación.

- Vuestra amiga, Marlene...

- ¿Qué le ha pasado? ¿Dónde está? - preguntó Jenny, también preocupada.

- Ha... ha.... ha muerto - dijo finalmente Aila - La han encontrado en el río. No os puedo decir más.

Las dos chicas no se esperaban eso. ¿Qué demonios le habría pasado a Marlene para que hubieran encontrado su cadáver en el río? Rocío no lo soportó más y se echó a llorar. Jenny la imitó. Las dos salieron afuera y se encontraron con Ana Sofía, otra chica de su edad que estaba en el campamento.

- Siento mucho lo de Marlene, me he enterado - dijo intentando darles consuelo

Jenny llevó a la chica aun rincón y Rocío las siguió. Una vez estuvo segura de que nadie les escuchaba, le preguntó:

- ¿Sabes algo de lo que le ha pasado?

- No sé algo, lo sé todo. Pero no creo que te guste saberlo.

-Necesito saberlo.

- Está bien. He oído que encontraron su cadáver en el río. También he oído que le faltaban los ojos, los dientes y los dedos de las manos. Le partieron el brazo, le arrancaron el labio inferior de un mordisco y tenía cortes profundos por todo el cuerpo.

Cuando Ana terminó de hablar, Rocío se dio la vuelta y vomitó.

- Ya os dije que no os iba a gustar.

- ¿Estás segura de que eso es verdad? - le preguntó Jenny.

- Completamente.

Cuando se armó todo este revuelo quise enterarme de lo que había pasado, así que me puse a escuchar detrás de la puerta de la cabaña de los monitores. Oí lo que les decía un agente de policía, que es lo que os acabo de contar.

Jenny se quedó callada, pensando. Tal vez, ese fantasma existía de verdad y era quien había matado a su amiga. Pero eso era imposible. "Los fantasmas no existen", se decía a sí misma en su mente, pero cuando más lo repetía, más segura estaba de que se equivocaba.

Jenny cogió de la mano a Rocío y la llevó hacia las puertas del campamento.

- Tenemos que ir al río, Rocío.

- ¿Estás loca? Seguro que está lleno de polis.

- Tenemos que ir - le dijo Jenny seriamente.

- Está bien - dijo su amiga sin estar totalmente convencida.

Salieron del campamento en dirección al río y, cuando llegaron, vieron allí a los policías examinando el cadáver de Marlene. Se escondieron entre los árboles y observaron el cuerpo de su amiga muerta; estaba como Ana Sofía les había contado, totalmente

mutilada. Pero entonces, Jenny vio algo más, algo que la policía no podía ver.

- Rocío, mira - dijo señalando a la gran roca que había a la otra orilla del río.

Allí, de pie junto a esa roca, había una chica con un largo vestido blanco, con la cara pálida y el pelo castaño y largo. Esa chica estaba sonriendo mientras miraba el cuerpo sin vida de Marlene. Y, junto a ella se encontraba un hermoso joven con el pelo negro y un poco largo. Los ojos de aquel chico eran de un azul extraordinario y brillaban de una manera sobrenatural. Además, ese joven estaba... llorando. Sí, al contrario de su misteriosa acompañante, lloraba mientras contemplaba a Marlene. En él, Rocío y Jenny vieron una profunda tristeza. Pero en los ojos de esa muchacha lo único que vieron fue un sentimiento de odio y sed de venganza que helaba la sangre.

Rocío y Jenny no contaron nunca a nadie lo que habían visto ese día en el río. Ahora las dos conocían la auténtica verdad; no había sido Juan quien había matado a Marlene, sino que fue Laura. Ese odio que consumía a la joven desde que la mataron, la había convertido en un alma errante y vengativa, y Juan estaba condenado a contemplar los sangrientos crímenes de su novia porque, al fin y al cabo, el amor les había unido eternamente, ya fuera para bien, o... para mal.